

Antes de que se olvide...

Verónica Maldonado

Seis de la mañana

La luz se hace en un cielo todavía atontado por el amanecer. La energía eléctrica no ha regresado aún y solo hace media hora que, desde las dos de la tarde del día anterior, puse un pie dentro de mi edificio. Estoy llena de polvo de pies a cabeza, con un cubrebocas ajado y muerta de sueño... pero, de cualquier manera, no me duermo. Me siento en el borde de mi cama con miedo a dejarme caer sobre ella.

Parece un sueño que, hace diecisiete horas, poco antes de salir rumbo a mis clases, el peor temor de mi vida se hubiese materializado. Pero así fue. Escuché el terremoto. No lo sentí de inmediato, primero lo escuché. Era como el temblor de los pies de un gigante rabioso saltando sobre el techo; por una centésima de segundo creí que eran mis vecinos moviendo un mueble imposible, pero el temor cervical que me habita desde 1985 me hizo bajar a enormes trancos las escaleras mientras escuchaba cómo algunas cosas se venían abajo y se rompían dentro de mi departamento. No voltéé a mirar nada, temerosa de que, como a la mujer de Lot, el terror me volviera de piedra.

Nuevamente, como en otros temblores, fui la primera de todos los vecinos en salir de su departamento y bajar los dos pisos agitadamente. Sí, los sismos me acobardan desde hace treinta y dos años. Pero esta vez, mientras bajaba las escaleras, pensé en ganarle y, sin embargo, el reptil subterráneo, ya liberado, subió con rapidez por las escaleras... salté sobre su lomo, no sé cómo, y llegué al piso de abajo. La puerta estaba abierta. Un trabajador de la tintorería que está en la planta baja abría la puerta a la calle y se sostenía trabajosamente del dintel. Caminé hasta él, como quien sigue la luz al final del túnel.

LOS INTERMINABLES SEGUNDOS

Ahí estaba otra vez, como una burla, como una pesadilla que se despierta justo en la aciaga fecha de su cumpleaños, una bestia llamada terremoto. Como pude, llegué al quicio de la puerta y mi mano se aferró al brazo del trabajador; casi le crucé el rostro con una bofetada accidental, le pedí disculpas, pero no me solté de su brazo. En la calle, el silencio. Nadie corrió ni gritó. Una señora, replegada contra un muro, permaneció serena durante todo el sismo, con la mirada baja, como si asistiera al funeral de un extraño. Los segundos se hicieron interminables, pero una vez quieta la serpiente subterránea, nos dimos cuenta de que había mucho polvo alrededor de nosotros. A diferencia del ahora cercano 85, en el que media ciudad no imaginó nunca la magnitud del desastre, esta vez no nos cupo duda: algo muy grave le había ocurrido a la ciudad, con toda seguridad. El recuerdo de Tlatelolco... el centro... San Antonio Abad se hizo presente.

Interminables los segundos, como los de la semana anterior, la tardía alerta sísmica que sonó años luz después, por fin la tierra se detuvo. Tras intercambiar comentarios torpes, subo al departamento... libreros y estantes colapsados, cuadros caídos, cosas por el piso, quise acomodarlos, pero mi mente estaba en otro lado. No intenté ir a la escuela, segura de que las clases se iban a suspender en lo que se revisaba el inmueble. Decidí esperar a que la energía eléctrica regresara. El celular sin pila casi, sin crédito, inservible en ese momento para una emergencia. Ya eran las cuatro de la tarde y la luz no regresaba... tiempo aire... necesitaba tiempo aire... tiempo y aire. Decidí entonces salir a ver cómo estaba el mundo más allá de mi pequeño departamento.

EL MUNDO MÁS ALLÁ

A unas cuantas casas, una palmera a punto de vomitar se recarga sobre los ventanales de un edificio; del otro lado de la calle los restos de una barda se han desmoronado sobre la banquetta. Camino sin rumbo y, a dos calles, me toca ver un cuadro insólito, el más surrealista de ese día: en un edificio lleno de cuarteaduras, ladrillos al aire, recargado ya sobre su vecino, una mujer, como si el sismo solo hubiese sido una molesta pausa, trapea su casa y su terraza, en el sexto piso, con toda calma. No soy la única que se ha quedado pasmada, varios la miran desde abajo sin dar crédito.

Sigo caminando, más borracha de desazón que aquella palmera. Del otro lado de Tlalpan hay varios edificios con cuarteaduras monumentales. No sé qué más hacer... sin teléfono, sin energía eléctrica, no sé en qué condiciones esté el resto de la ciudad... Mi familia, mis amigos... Un policía que permanece vigilando un depósito dental intenta ayudarme y marca desde su celular, pero nada... no hay modo.

Regreso al departamento, subo los escalones con miedo. La tintorería ya cerró y el resto de los vecinos han emprendido la huida. Estoy sola. Y súbitamente recuerdo que esa noche me corresponde el turno de acompañar a mi madre... y sí, quiero estar con ella, abrazarme a la raíz que es.

Pongo algunas cosas en una mochila y salgo a la calle. Tlalpan se ha vuelto un torrente de personas a pie, no circulan autos ni peseros, el metro se mueve con gran lentitud. Me sumo al río de peregrinos calculando las horas que me llevará llegar al oriente de la ciudad. Comienzo a escuchar los rumores de personas que vienen caminando en contrasentido, algunos desde metro Mixhuca, otros desde San Antonio Abad. Todos concuerdan en que el panorama es horrible: autos varados en calles grandes, el metro detenido más adelante. La ciudad casi inmóvil... y han comenzado los asaltos en todos los puntos de la ciudad, aprovechando el desconcierto. No

puedo creerlo. ¿Fue así en el 85? Me repito que no, que preponderó el gesto humanitario, que quienes robaron fueron los delegados, los políticos de siempre, que hasta los ladrones ayudaron... o no sé si quiero convencerme de que así fue.

Desorientada, sin saber qué hacer, vuelvo sobre mis pasos, regreso... vuelvo a caminar rumbo a casa de mi madre. Finalmente, me detengo frente a un milagroso oasis: una pequeña empresa que abrió sus puertas para apoyar a los caminantes. Se pueden usar los baños, la conexión a internet, cargar celulares, beber agua, comunicarse por línea telefónica, descansar... y todo ofrecido con infinita gentileza y sensibilidad. Ni un mal modo, ni un gesto de hastío a pesar de estar sobrepasados por la cantidad de personas. Prestan cables, buscan enchufes, ayudan a marcar a los más nerviosos. Por fin, mi familia se entera de que estoy bien y que es poco menos que imposible llegar hasta allá. Un poco después, la pequeña y generosa empresa se queda sin energía también, y sin línea. En ese momento llegan los primeros rumores de que allá, en Bretaña, dos calles detrás de mi casa, se colapsó un edificio y hay personas atrapadas. Regreso sobre mis pasos...

EL VIEJO FANTASMA

Pienso... “¿Voy a ver qué se necesita o voy a casa a prepararme para ayudar?” Ya sé cómo es la cosa, también hice brigada en el 85... Mejor prepararse. Pero cambio de rumbo hacia donde me llevan los rumores. A una calle comienzan a verse los mordiscos que dio la bestia antes de llegar a Bretaña 90: paredes cuarteadas, marquesinas deshechas en el piso y, al dar la vuelta, la visión me llenó de pavor... Era como si una máquina del tiempo plena de sadismo me regresara treinta y dos años atrás. El viejo fantasma, el edificio colapsado con el mismo aspecto de bestia agonizante que aquellos que cayeron hace años, y –luego lo sabría– la misma

miserable historia compartida con aquellos edificios que, en hilera, se vinieron abajo en San Antonio Abad.

Bretaña se volvió una triste metonimia de aquella ciudad que ya no estaba, que no pertenecía al hoy, que no podía ser, que no podía ser... pero lo era.

Los vecinos ya se habían organizado. Sobre dos mesas de plástico, varias personas preparaban frenéticamente sándwiches. Frente al edificio, hombres y mujeres formaban hileras para ir pasando las cubetas con las que se sacaba el escombros.

Me acerqué rápidamente a preguntar qué se necesitaba, qué faltaba, para ir a conseguirlo. Una pequeña mujer de ojos enormes y modos rasposos pegaba gritos para organizar a los vecinos, gritos que sobraban, pero que, para ella, eran un modo de hacer valer una autoridad recién fundada e impuesta. La verdad es que la situación no estaba como para discutir horizontalidades, así que, me contuve y seguí sus instrucciones. Salí corriendo con la encomienda de conseguir bolsas de plástico y mecates.

De nuevo subo las temidas escaleras hasta el departamento solitario. Busco una chamarra, unos tenis, las bolsas... Mientras me preparo, de la calle llega el sonido melancólico, inesperado, de un organillero. Me asomo a la ventana. El organillero, en medio de la calle, mueve la manivela y del alma del aparato brota un vals viejo, un vals que parece acariciar las calles heridas, un vals que no espera la monedita que le sobre a nadie, sino nada más, sonar... sonar y acompañar. Lloro sin más, solo que, justo en ese momento, no sirve de nada llorar. Salgo.

BRETAÑA 90

Llego con las bolsas y algo de dinero ante Esmeralda, como se llama quien se ha tomado la tarea de organizar. Es una vendedora del paso peatonal que cruza Tlalpan y que vive a cuatro cuadras de

la desgracia. Es quien, en menos de tres horas, ha logrado reunir mil setecientos pesos para comprar la primera tirada de tortas y agua para los que participaban en las cuadrillas de rescate.

Nada quedaba fuera de su mirada, ella decidía que movimiento se hacía, casi siempre a gritos, gritos que comenzaban a minar la energía y las ganas de muchos de los presentes. Pronto se hizo evidente que fallaba en sus decisiones, pero encontrándole el modo, y haciéndole ver con sutileza una solución, se volvía una seda. A los que apenas nos integrábamos, nos miraba con desconfianza, pensando de todos, sin excepción, que únicamente íbamos a asomarnos, a zamparnos algo y salir huyendo. Pasadas las tres horas, comenzaba a confiar y a manifestar respeto.

Recuerdo que, a cierta hora de la noche, alguien se acercó a preguntar sobre cómo se había logrado darle forma a la brigada. “Es que yo me esforcé en organizar”, y con una sonrisa le corregí: “Nos esforzamos y organizamos TODOS”... y ella, por fin, con una sonrisa, asumió el plural plenamente. Cinco horas después, ya era tan enteramente de su confianza que hasta me dio a guardar setenta pesos que sobraron de su colecta.

En el transcurso de la tarde me fui enterando de la situación del edificio, de cómo y por qué se vino abajo. Con retazos de rumores y charlas de los vecinos y vecinas que pasan por una torta o una botella de agua, voy construyendo una historia que, luego lo sabré, no era del todo cierta.

Un vecino alto y barbado, que devora de tres bocados una torta, refiere cómo se escuchó el estruendo del edificio al desplomarse antes de que sonara la alerta sísmica (así que esos eran los pasos del gigante y el polvo que se levantó hasta calles más allá), y de cómo, una semana antes, él había acudido a ese edificio a informarse de los departamentos que estaban en renta. Y así, mientras servimos vasos de café y repartimos comida a los polvosos héroes nuestros, nos vamos enterando de la historia del edificio. Era una casa vieja a la que le encimaron tres pisos más, pero no

se tomaron la molestia de reforzar la estructura, solo le pusieron bonitos recubrimientos, ¡y listo! A rentar en doce mil pesos cada departamento.

Una de las personas que se quedó atrapada era la mujer del aseo que, justo este día, acudió al trabajo con su bebé. Otra vecina aclara que eran dos torres, la primera, la construida sobre la casa vieja, fue la que se vino abajo. La nueva, detrás de ella, es la que podíamos ver todavía en pie, salvo las escaleras de metal que eran un amasijo retorcido. Otro vecino, más tarde, nos referirá que, apenas una semana antes, una cuadrilla de albañiles daba los últimos toques al inmueble, y que solamente un departamento se había rentado, al fondo, en la torre nueva. De las personas atrapadas, además de la señora de la limpieza y su bebé, había dos más que estaban en el departamento frontal, el de muestra, recibiendo a posibles clientes. Largo silencio y ojos rasos en los que escuchábamos, sobre todo cuando se mencionaba al bebé.

Mientras un grupo de la Comisión de Alimentos circulamos entre las filas de gente que sacan cubetas de escombros, comienzan a sucederse los puños en alto, y los silencios largos que nos mantienen con un nudo en la garganta... Y el aplauso cada vez que el sonar localiza a alguien.

Esa tarde lograron sacar viva a una persona que estaba en el departamento muestra, los aplausos resuenan. La tarde sigue su curso, no tardan en apersonarse los politiquillos de segunda y hasta de tercera, agitando las manos e intentando mangonear a las personas. Algunos solo llegan a la zona de alimentos, engullen algo, palmean espaldas y se retiran.

Varios vehículos militares rodean la zona, están llenos de soldados dormidos que solo se levantan al baño o por café y comida caliente, muy pocos le entraron ese día al retiro de escombros. Menos eran los que se aventuraban a entrar por los minúsculos túneles, cuidándose, dosificándose, su consigna parecía ser: "Dejen que se cansen los civiles". Un diputado llegó abriéndose paso.

Le reclama a Esmeralda haber pedido dinero a la gente, que no lo hiciera más, que él “iba a llevar un trompo de pastor”, una auténtica burla.

Pasadas las diez de la noche, veo un rostro conocido y corro a abrazar a Francisco, exalumno de la escuela en que laboro y cuyo enorme corazón le hará ir por más de diez días, de una zona cero a otra, dispensando su ayuda sin descanso, de Bretaña a Ermita, de Ermita a Zapata, de Zapata a Edimburgo, y de ahí al multifamiliar de Taxqueña del que no saldrá por varios días, hasta que le pedimos que ya, que descansara. Un abrazo necesario, cálido y lleno de consuelo.

Cerca de las cinco de la mañana, las piernas me reclaman con calambres un descanso, volver al edificio. Me resisto, con el miedo todavía agarrado a mis costillas y agazapado sobre los riñones, pero no puedo más, tengo que descansar. Casi todos se han ido a dormir, salvo los que sacan escombros. Debo descansar, aunque esa suerte de histeria que nos abrazó a casi todos los brigadistas se resista a que lo haga. Tomo una torta helada y una botella de agua y me retiro.

INSOMNES

Por lo menos no tendré que bañarme a oscuras. Sigo aterrada y el miedo llega al paroxismo una vez que estoy bajo el chorro de la regadera, respiro con dificultad, jalando el aire ruidosamente, con una ansiedad que me sobrepasa. Los oídos me traicionan, suenan alertas sísmicas imaginarias cada cinco segundos que me hacen abrir la puerta del cancel, salir escurriendo hasta la sala, desnuda, dispuesta a correr así escaleras abajo. Me vuelvo a meter bajo el agua con las ganas de que alguien, quien fuera, estuviera ahí conmigo, abrazándome bajo el agua, consolando nuestro mutuo desconsuelo. Me llena de rabia la sensación de impotencia y

vulnerabilidad, y de algo que no había sentido antes a pesar de vivir sin compañía desde hace décadas... la avasallante sensación de soledad. Me agazapo en un rincón del baño, como una niña desamparada, y rompo a llorar con un llanto desconsolado que hace mucho no me sacudía.

Me meto en la cama, pero el sueño no llega. Apenas un sueño blando que se retira al menor ruido. Entro a las redes sociales y posteo sobre los sucesos del día, revivo el 85 sin ánimo de establecer comparaciones, pero sí de invitar a sumarse a la acción a los que no han salido todavía. Recuerdo con especial claridad lo sucedido en San Antonio Abad hace treinta y dos años: las costureras atrapadas en un cuarto cerrado con llave, sin posibilidad de escape porque, como eran explotadas en el turno nocturno, el patrón temía que se fueran a escapar con sus telas a cuestras mientras él dormía en su cálido departamento de Polanco. Me como con rabia la torta helada y ahora chiclosa por la humedad. Finalmente, el cansancio me vence y duermo profundamente.

Día dos

El miércoles ya no tuvimos que preparar comida. Comenzó a llegar por kilos, cubetas de guisados, bolsas enormes repletas de tortas, algunas incluso con etiquetas animando cariñosamente a los que colaboraban. La desgracia, efectivamente, pone de manifiesto lo mejor, lo peor y hasta lo regular que nos habita: lo mismo nos llegaron varias bolsas de baguettes preparadas en un restaurante muy caro que restos de comida que alguien había dejado hace tiempo en un refrigerador y ahora veía la oportunidad de deshacerse de ellos. Por la tarde comencé a dar tumbos, y una de mis vecinas con las que compartía turno me corrió... “Debes dormir”. Sí, era necesario, sabía que no iba a durar mucho asignándome jornadas extenuantes, pero de cualquier manera no me hice caso. Ahora sé que estuvo mal, que así no funcionan las cosas.

A eso de las once llegó, desde Tultitlán, una familia que había hecho una colecta con sus vecinos. Llevaron una inmensa olla de arroz que cayó como maná del cielo, también llevaron agua, pan y toneladas de cariño y deseos de apoyo... ¿desde Tultitlán? Y el delegado de Benito Juárez, ¿vivirá por la salida a Querétaro? De otro modo, no se explica su ausencia.

A eso de las tres de la mañana, sobrepasados por la comida, decidimos llevarla a otros puntos cercanos. La familia de Tultitlán prestó su camioneta y fuimos a Balsas, una callecita cercana a Plutarco y Ermita, detrás del Sanborns. Ahí, echado hacia delante, estaba un edificio cuyo primer piso se había hundido... el techo estaba contra el piso y un escalofrío nos recorrió. El edificio de al lado estaba a punto de caer, hay casi un metro de distancia entre las paredes que antes se besaban. Un nudo de angustia se hace cada vez que los socorristas acercan camillas, pero nada. No sale nadie. Les llevamos comida, pero la triste realidad es que precisaban de seguetas, palas, picos... y muchas manos, porque a esa hora comenzaron a escasear. El pequeño periplo en zonas cercanas me anonadó, me di cuenta de que en todos esos días no había salido del pequeño cuadrante que rodeaba Bretaña, y hasta ese momento pude ver de frente a otros monstruos... una luz intensa iluminaba, cerca del metro Ermita, el edificio al lado del Holiday Inn, un cascarón donde antes hubo pisos, ventanas, muebles, anhelos, miradas, risas, sueños, pagos pendientes, una cerveza, niños jugando.

Regresamos a Bretaña. Había dejado cargando mi celular en una casa vecina que generosamente prestaba su baño y donaba su energía. Un militar decidió que él tenía prioridad y desconectó el mío, pero además había escondido mi celular debajo del suyo y, cuando pregunté dónde estaba mi aparato, dijo que quién sabe, que una señora se lo había llevado. Alcé su celular y le dije: “No, aquí está, gracias”. Ya mejor ni expreso el desprecio que me habitó en ese momento...

En el resumen del día, Esmeralda se había ido borrando como líder, pero la generosa mujer organizó una de las acciones más hermosas de todo el campamento: envió a los niños –sus hijos los primeros–, en pequeños grupos, con la instrucción de recuperar las botellas de agua que estaban abandonadas y a medio consumir. Una vez recuperadas, se vaciaba el agua en cubetas para aprovecharlas para el baño, dado que el agua no había sido reconectada y escaseaba. Una vez vacías las botellas, los niños las aplastaban y separaban las tapas para recuperar el PET. Cuando esa tarea terminó, los niños se dedicaron a barrer y recoger los pedazos de unicel y otros escombros que no los ponían en riesgo. Me pareció una manera valiente e inteligente de integrar a los niños a la acción social y de aminorar su angustia, haciéndolos partícipes y no metiéndolos en la burbuja del “no pasa nada”.

La otra noticia era que habían logrado sacar a la segunda persona y a un topo que se había quedado atrapado durante una de las réplicas. Cerca de las tres de la mañana me retiré, diciéndome que una persona no es indispensable, pero puede ser necesaria si está en condiciones de serlo. Camino por la calle fría por la llovizna que no ha perdonado el momento. El teléfono de casa ya funciona. Mi hermana menor me escucha, me contiene, me regala sus palabras. Escucharla me calma. Dormir. Ojalá.

FRENTE A LA BESTIA

A las cinco de la mañana me despierta el teléfono. Era Christian, querido exalumno y ahora amigo, que se había acercado a Bretaña a dar sus manos y su corazón por ese día. Estaba desde la madrugada, me había marcado, pero yo, que había caído en un sueño de piedra, no lo escuché. Le digo que intentaré dormir un poco.

Mi hermana menor llega muy temprano con comida, remedios naturistas, su amor y sus abrazos. Duermo un poco.

Casi a las nueve de la mañana me encamino a Bretaña, pasando un primer filtro, “las chicas de alimentos”, que ya nos reconocemos y saludamos. Están con el desayuno caliente listo, pero me miran con cara de “aquí ya no hay lugar”. Tras una llamada, Christian llega por mí y me despido de mis vecinas. Seguimos hasta el segundo retén que, para mi sorpresa, ya no está controlado por civiles, sino por militares.

Caminamos hasta llegar frente al infame edificio de Bretaña 90, al que no había logrado ver de frente ni de día hasta ese momento. Christian me da un casco y un chaleco naranja. Ahora pertenezco a una brigada a la que nunca imaginé pertenecer: Herramientas, justo frente al edificio caído, de cara al monstruo, a la bestia que todavía tenía entre sus dientes por lo menos una vida.

En pocas horas, Christian había organizado con notable eficiencia el puesto de herramientas, y desde esa hora hasta las tres de la mañana del jueves, las palabras que más escuché fueron marro, pico, picoleta, arnés, discos de esmeril, llaves, palas, guantes, cubrebocas, barreta, gato... No deja de asombrarme el rigor, el orden con que Christian lleva las cosas y controla el flujo de material, cómo recupera los picos y las palas subiendo por ellos entre los escombros. Raúl, Pablo y Natalia, que están con él, no descansan un minuto. Poco me va a durar el gusto del orden y la eficiencia.

Christian me señala a un grupo de personas, dos hombres y dos mujeres que, sentados sobre unas cubetas, no despegan la mirada del edificio. “Son los papás de Rubí”, me dice, pero había escuchado mal, después sabríamos que en realidad se llamaba Alitzy, y era la chica atrapada en los escombros. La señora de la limpieza con un bebé no existía, quien peleaba por sobrevivir era Alitzy Judith, una chica de diecinueve años.

Tras separar cubetas y arrimarlas para recoger escombros, jalar pedazos de techo, barrer la nieve brutal del unicef que formaba los techos de ese edificio, nos dimos un respiro. Christian tiene que

irse, ya es demasiado el tiempo que lleva y el estrés que genera estar administrando la herramienta y frenar con firmeza a los que reclaman, a los que quieren llevarse palas para hacer como que trabajan, tener que decirles a los que sí están trabajando que el material que se necesita no existe, para tolerar a un hombrecillo horrible que se paseaba dándose ínfulas de influyente y que, con gran prepotencia, le indicaba a Raúl, un hombre extraordinariamente sencillo y cooperativo, que le armara un casco, mismo que le permitirá pasearse por la zona de alimentación para atragantarse, pasar a la de herramientas y agitar un cartón, manotear y exigir un inventario (¿es en serio?) e intentar tratarnos como si fuésemos personal a su servicio.

¿De dónde saldrán estos personajes? ¿Será que el temblor removió las piedras que tapaban la entrada a una dimensión de baja frecuencia repleta de súcubos e íncubos?

Chistian tiene que descansar, es necesario. Apenas lo hace, se suma al grupo Osvaldo. Raúl, que es trabajador de una plataforma petrolera, todo sonrisas y buen humor, pero también trabajo duro y disposición, me lo presenta:

–Es el doctor –me dice muy sonriente.

–¿Cómo te llamas? –le digo.

Raúl se sorprende.

–¿Y si mejor le dice “doctor”?, porque es doctor.

–No me gustan los títulos, la verdad, prefiero los nombres. Me llamo Verónica.

Compruebo, con pena, que en México le tenemos total reverencia a los títulos, y eso, como descubriré más tarde, es un problema. Raúl, el hombre bueno y sencillo, honesto y trabajador, tenía un problema: le imponía con gran facilidad cualquiera que llegara presentándose como “coordinador”, “organizador”, “licenciado”, “esposa del presidente de la totalidad de todos los *scouts* del mundo y áreas circunvecinas”... Lo anonadaban, les otorgaba autoridad plena, no dudaba en obedecer al dueño de dichos títulos en cuanta orden le daban.

Cuando llegaba alguien preguntando quién estaba a cargo, y yo respondía que todos –Oswaldo, Raúl, un señor callado pero eficiente que nunca dijo su nombre, y otro que acomodaba las palas y preparaba las cuerdas–, la persona me miraba de arriba abajo y espetaba: “No, un jefe”, yo pensaba: “¿En serio?, ¿en serio precisamos de jefes?”. Ahora no sé la respuesta, porque Oswaldo, que era muy simpático y afable, resultó terriblemente ineficiente como responsable: cambió las cosas de lugar arbitrariamente, colocó cajas de guantes sobre material que era necesario tener a la mano. En cuanto protesté porque ya habíamos ubicado las cajas y sus contenidos, él dijo que estaba bien, pero que se podía mejorar el orden y, sin esperar el consenso, comenzó a reacomodar... Tal y como sucede cuando llega un nuevo gobernante cada sexenio. Y al levantar la mirada, esa mole de concreto, medio derrumbada, se vuelve símbolo de la patria.

A los diez minutos parecíamos chícharos en caja. No respondíamos con eficiencia a lo solicitado, no encontrábamos lo urgente. Decidí mejor ponerme a pedir lo que hacía falta y no pelear, porque era un ejercicio tonto e innecesario. Raúl me miraba concediéndome la razón, pero agobiado por años de aprender que los que tienen título son más importantes y tienen más capacidades que el resto de los mortales en lo que sea que tengan enfrente, tampoco decía nada.

A nuestro lado, en su rinconcito, permanece la familia de Alitzy Judith, sus padres, sus tíos... esperando, inmutables. Mirando con desconfianza (y hacían bien) a los que se acercaban a darles consuelo. Su tío nos ayudaba a destrabar cubetas para sacar escombros. Pasado un rato, me acerqué, con mucha pena, y les dije que tal vez no era el momento, pero que si más adelante precisaban de ayuda, estaba en disposición de apelar a la generosidad de mis conocidos para hacérselas llegar. Les di mi número garrapateado sobre un pedazo de cartón, casi segura de que lo iban a tirar. Intenté decirles que lamentaba lo que estaba sucediendo, pero ¿cómo les

das consuelo a unos padres que han estado tres días con la mirada clavada en una bestia de concreto que está sentada sobre su hija?

Una señora, armada con una canasta llena de tortas, nos insiste en que le aceptemos su comida. Se presenta como la esposa del presidente de no sé qué y jura que, en cuanto le dé la lista de cosas que se necesitan, su influyente esposo las llevará en media hora. Me da un pedazo de cartón, un marcador, y me insta a hacer la lista. Yo, la verdad, la hago a regañadientes, sabiendo que era una tarea inútil, intentando no escuchar la vocecita que me decía “no pierdas el tiempo, no va a traer nada”, porque, por experiencia propia, los que más alardean de sus títulos y poder de respuesta son los más inútiles a la hora de accionar. Y así fue. La señora solo obtuvo un lugar en primera fila para protagonizar su propia telenovela: corrió a abrazar con llanto incontenible a los padres de Alitzky que, visiblemente incómodos, tuvieron que recibir ese abrazo. Luego se puso a correr entre el edificio y las herramientas, gritando por un mazo o una barreta, súbitamente instaurada en jefa de todos los voluntarios.

La respuesta en redes sociales a las peticiones mínimas y máximas fue sorprendente, me dio mucho orgullo saber que tengo amistades generosas y prontas, que las redes sirven para algo más que subir fotos de milanesas insólitas o de vacaciones en la playa. Odet, con los clavos que se necesitaban, y Mane, Juan y Vero, llegaron prestos con cajas repletas de cascos, marros y fajas, y varios más, incluso desconocidos, se comunicaron y llevaron ayuda. Con discreción llegaron y con discreción se retiraron tras dejar lo necesario. Mi respeto siempre a ellos y a los muchos que así aportaron.

La pila del celular se ha agotado y regreso a casa para recargarla. El departamento sigue polvoso, con cosas apiladas en el piso esperando volver a su rutina. Christian se comunica para saber si hace falta algo, “tu presencia” le digo. Cuando regreso al puesto, ya está ahí, de vuelta, reorganizando el caos.

Miércoles de escombros y de polvo, de largos silencios y puños levantados. Unos topes llegan por los padres de Alitz y los ayudan a ascender sobre la montaña de escombros. “¡Posi, échale ganas, hija, te estamos esperando!” “Alitz, no te rindas”, sus gritos trémulos vibran sobre la multitud silenciosa. Luego, las barretas y las palas, las voces apurando el trabajo. Por fin, unos cuantos militares se integran a la fila de trabajo.

Unas horas después, insomne y cansada, acepto que ya no soy necesaria ahí y, nuevamente, a través de las redes, pido relevo. Claudia Yolanda llega con la frase: “Estoy dispuesta” relumbrando en la frente. Cuando le estoy diciendo en qué parte están las cuerdas y cómo colocar los guantes, corre el rumor de que la brigada de rescate ya estaba cerca de Alitz. Una oleada de alegría nos da nuevos bríos. Su padre, un señor amable y sencillo, con los ojos rasos, se acerca a agradecernos, nos abraza, nos dice que ha visto el esfuerzo de todos por rescatar a su hija, rompe a llorar cuando nos dice que si Dios había decidido llevarse a su hija, tendría que aceptarlo, pero que lo que había visto en esos días lo llenaba de gratitud con todos. Nos dio otro abrazo y ya no fui capaz de moverme de ahí, no pude.

Hasta el final, me dije, hasta el final.

Con el paso de las horas, el rumor de la localización de Alitz se apagó y nuestro entusiasmo también. Una lluvia fina, pero pertinaz se dejó caer, llanto del cielo anticipando el final de la historia.

Mientras bregábamos por improvisar una lona para proteger las herramientas de la lluvia, nuevamente aparece el hombrecillo impertinente, ahora acompañado de un joven que deslumbraba de limpieza en medio de nuestra mugre. El hombrecillo manotea exigiendo unos guantes y un casco, “de los verdes”, dice con altanería (es decir, de los nuevos, de los que aún están relucientes).

El noble Raúl se lo pasa y, antes de poder protestar, veo cómo se lo encasqueta el reluciente muchacho, tras lo cual, ambos

se dirigen al puesto de alimentos, zona a la que muchos de los voluntarios no han podido acercarse en todo el día. Nuevamente, no puedo evitar pensar en este país, operando así en otros niveles, ese pequeño abuso que representa otros de dimensiones monstruosas.

Un poco después se hace presente la brigada japonesa que, asombrosamente, antes que agradecimiento, despertó comentarios resentidos de los brigadistas del metro (quienes, hay que decirlo, fumaban cerca del diésel y la gasolina por más que les pedimos que no lo hicieran).

Los japoneses dieron ejemplo de disciplina, disposición y total respeto: sabían cuándo actuar, en qué momento retirarse, cómo ayudar, cuándo no era factible hacerlo. Mientras maniobraban, hubo un conato de desplome, pero ellos, a pesar de todo, entraron al túnel. Largas las horas, la lluvia finalmente se apaga.

Con el paso del tiempo, los perros dejan de buscar, los soldados con sonares bajan de la montaña de concreto. Las nubes negras avanzan lentas, como presagios.

Un señor mayor se acerca y nos pide, con voz apagada, unos guantes. Le extendemos unos, los mira, se los prueba, los deja: “A ver si tienen de los que van más pegados”. Buscamos, pero no, no hay. El hombre musita: “Es que la sangre...”.

Y se aleja, dejando un rastro de incertidumbre que está a punto de dejar de serlo.

Una mujer, organizadora y alma de esa zona, se acerca a pedirnos impermeables para los de Semefo, y las dudas se disipan. Una inmensa frustración cae junto con la segunda lluvia de la madrugada. No queda nada que hacer. Sale el cuerpo de Alitzy Judith Carrillo Quintero, ante el silencio y la impotencia de todos. Todavía tenemos que ser testigos de un contraste doloroso: por un lado, algunos soldados y voluntarios se trepan por los postes, estiran los brazos para ver si las cámaras de sus teléfonos celulares pueden captar algo del terrible momento; por el otro,

los brigadistas japoneses, con el casco colocado sobre el pecho, la mirada baja y los ojos cerrados, plenos de respeto, musitan oraciones.

Apenas parte la ambulancia del Semefo, nos damos a la tarea de recoger las herramientas dispersas con el fin de enviarlas a otras zonas donde eran precisas. Hecha la tarea, abrazo a mis compañeros de brigada y me retiro. Al pasar por el puesto de alimentos, una de mis vecinas, compañera del primer día, se acerca a abrazarme. Y por vez primera pienso en que hace cinco días éramos un par de desconocidas habitando en calles contiguas y ahora estábamos ahí, dolidas por la muerte de alguien que tampoco conocimos. Nos abrazamos y nos despedimos. Camino hacia mi casa, son casi las cuatro de la mañana y descubro que, si bien la bestia trepidante acaba de ganar otra partida, por primera vez desde hace mucho tiempo no siento miedo de caminar sola en la madrugada.

Las lecciones

El jueves me sorprende insomne nuevamente, atravesada por muchas emociones, por el cansancio, por la furia, por la tristeza. Creo que voy a tener que enfrentar que algo no anda bien y buscar solución. Por lo pronto, decido que en unas horas iré a abrazar a mi raíz (que buena falta me hace), e intentar dormir, por fin, en otro lugar, porque sé que, en una o dos semanas, cuando los damnificados comiencen a ser abandonados a su suerte —porque sucederá, como sucedió con ABC, como pasó con Ayotzinapa—, se necesitarán manos y energía para seguir apoyándolos. A menos que esta sacudida haya servido para desempolvar nuestras conciencias. Por lo pronto, vendrá una larga lucha que seguramente durará meses o años.

Y también, a esas horas, pienso que hace falta la reflexión sobre el 85 y revisar lo sucedido en 2017, con sus notables parecidos

y sus abismales diferencias. Casi todo mundo sabe o intuye qué hacer durante el sismo, pero pocos conocen las instrucciones sobre cómo preparar el antes y, más delicado todavía, nadie sabe cómo accionar después.

La historia no acaba aquí. Me llama Christian, unas horas después, para enterarme del triste, vergonzoso colofón: una vez organizadas las herramientas, se quedaron los más descansados para hacer brigadas de reparto. Urgía llevarlas, sobre todo, a Taxqueña y a Edimburgo. Ya estaban tres camionetas cargadas y listas para partir; mientras seguía la gente presente, los militares nos ayudaron a concentrarla y acomodarla, pero una vez que todos se retiraron y quedaron solos los brigadistas que las repartirían, el “teniente” a cargo (así, anónimo), ya sin la numerosa presencia de vecinos y voluntarios (quienes, probablemente, los hubiesen linchado), dijo que no podía salir nada, que ellos iban a resguardar el material. No hubo súplicas posibles ni urgencia que lo conmoviera, no quería dejar salir nada. Finalmente, a las seis de la mañana, después de gritar, llorar y enojarse, tuvieron que dejar el diésel, la gasolina y tres plantas de luz que los militares no permitieron mover por nada del mundo.

Me pongo furiosa, quiero llorar de ira. Los militares chateando en sus celulares y hablando con su familia mientras los civiles hacían todo el trabajo, no eran necesarios. El diputado ofreciendo el trompo de tacos al pastor, no era necesario. Llegar a enredar cinta amarilla en cuanto edificio vieron desde fuera, pero a los que no entraron a verificar nada, no es capacidad de respuesta, es burocracia rancia. Y no era necesaria. Nuevamente, incompetentes, torpes, arbitrarios, no eran necesarios.

Rebasados, rebasados otra vez como hace treinta y dos años, otra vez demostrando que no nos sirven para nada, solo para abusar, para robar, para controlar.

LA LLAMADA

Los siguientes días intenté sumarme a la brigada de Taxqueña, pero no es lo mismo el 85 que treinta y dos años después, y el cansancio me obligó a trabajar desde la computadora y el teléfono, solicitando voluntarios, materiales, herramientas, lugar de refugio, ropa, consuelo. Cada mañana, toda la semana, como un ritual, estuve pasando frente a Bretaña 90, ahora acordonada.

“Posi”, pienso, y sigo caminando.

Una semana después, me despierta una llamada. Me sorprende escuchar al padre de Alitz; apenado, confiesa que su familia está necesitando ayuda económica, me refiere cómo una televisora le ha ofrecido ayuda a cambio de salir llorando a cuadro, y él, un hombre valiente que permaneció sentado casi cuatro días sobre una cubeta, sin poder quitar la mirada de la mole de concreto que tenía enfrente, tiene una dignidad más grande que ese derrumbe, que Bretaña y Portales entero y no aceptó. “Mi niña fue una guerrera y no se lo merece”, lo escucho decir, luchando por contener el llanto y la furia. El gobierno no le dio ningún apoyo y tiene deudas emanadas del funeral de su hija. Es un comerciante ambulante que, además, con la carga de su dolor encima, todavía se dio el valor para salir a las calles a ayudar a otros.

Le digo que no se preocupe, que organizaré la colecta prometida y acordamos que me comunicaría apenas tuviera algo de dinero para ellos.

Este sismo ha sido la misma película con otros miserables. Durante la semana, gracias a la comunicación con los voluntarios de Taxqueña, Edimburgo, Chimalpopoca, me voy enterando de las coincidencias, de las peores, de las mejores, de las nauseabundas. ¿Cuántas veces tendremos que repetir esta historia? ¿Es necesario hacerlo? ¿Qué hacer para que, en el siguiente sismo, no suceda lo que en estos?

ANTES DE QUE SE OLVIDE

Porque sí, aunque parezca mentira, esto se va a olvidar. La ciudad volverá a su rutina y su “normalidad” muy pronto y, para la inmensa mayoría de sus habitantes, no habrá pasado nada. Para otros, tristemente pasó todo.

El sismo me colocó frente a la realidad de un edificio solitario que me llenaba de miedo, en calles heladas que tuve que transitar en soledad y de madrugada. Me reveló que, ante el peligro, habrá vecinos que se marchen buscando mejor puerto, pero que hay otros que permanecerán sin dudarlo. El sismo me arrebató la paz por largo tiempo: intentar dormir o tener algo parecido al sueño llegó a ser un inalcanzable anhelo, sobre todo cada vez que un claxon sonaba o el departamento se cimbraba al paso de un camión. Todavía tengo que voltear a ver las cosas que cuelgan, las cortinas, un collar, un adorno, para convencerme de que todo está bien. Por semanas, desplazarme de mi recámara al baño me devolvió a la infancia, a aquellos días en los que ir a hacer pipí de noche te ponía en riesgo de caer en las manos de un monstruo que acechaba en la oscuridad del pasillo o debajo de la cama... y sí, este monstruo, al que desde hace treinta y dos años le tengo terror, vive debajo de la cama, muy abajo.

Pero el sismo también permitió que me diera cuenta del amor que me rodea, recibir las oleadas de mensajes de amigas queridas, de la familia. La solidaridad de personas lejanas, el ánimo, los apapachos. El amor, como siempre, brotando entre las ruinas.

Con la colecta, el amor anónimo llegó para la familia de Alitz, generosamente. Hablo con don Fermín para acordar reunirnos y entregarle el dinero.

MIRADAS

No sé si es un privilegio o una maldición. Quiero pensar que es lo primero, que la vida, por algún motivo, me regaló esas miradas para que hiciera algo con ellas, con su recuerdo.

Miradas de madre.

Recuerdo, por ejemplo, la mirada de la madre de Atzin, el estudiante de La Esmeralda que un día decidió ir a una marcha en apoyo a los normalistas desaparecidos y amaneció en un penal de alta seguridad tratado como un criminal de alto calibre. Su madre tenía una mirada decidida, de leona combativa, ese sábado que nos reunimos con el representante del INBA para preguntarle qué iban a hacer al respecto.

Otra, una mirada de cristal, la mirada de Estela, una madre a la que una madrugada, un comando le desapareció a su hijo. Una mirada verde que se hacía de agua solo para dejar ver el metal de su convicción: no la iban a hacer firmar por un cadáver que no fuese el de su hijo, al que iba a seguir buscando, costara lo que costara.

Y la mirada de las madres de los normalistas de Ayotzinapa, apenas una semana después de los hechos; esas miradas son las que más hondamente me han calado. Las miradas más cargadas de dolor y dignidad que he visto. Ya no tenían lágrimas, eran un pozo sin fondo. Tomaron nuestras manos y fuimos incapaces de decir nada. Hasta se disculparon, para nuestra vergüenza, por no tener más lágrimas que llorar.

Llego al metro Xola. Christian y Pablo me esperan en los torniquetes: “Ya están abajo –me dice Christian–, pero no quisimos llegar solos”. Nos abrazamos y bajamos al andén. Bajo el reloj, nos esperan la mamá y la tía de Alitzy Judith. Don Fermín no está. Luego sabremos la causa de su ausencia.

Entramos a un café cercano. Quedo frente a ella. Y otra vez, me asalta la mirada de otra madre.

Esas mujeres, hace un mes eran unas desconocidas, habitando del otro lado de la ciudad. No sabíamos de nuestras mutuas

existencias, y ahí estamos, Chris, Pablo, la madre, la tía, yo. Eso pienso mientras la miro. Hace dos semanas no nos importábamos, no adivinamos nunca que ese día íbamos a tomarnos un café, y a hablar y a recordar y a enfurecernos y a llorar juntas. Pero así fue.

Ojalá que no hubiese sido. Ojalá que su nena, como ella cariñosamente la invoca, siguiera viva y que nuestros caminos jamás se hubiesen cruzado.

Pero se cruzaron.

Ahí estamos, en ese pequeño café de chinos. Una frente de la otra, intentando entablar una conversación.

Y su mirada de madre, me toca, es una mirada que parece un colibrí, huidiza, tímida, modesta. Pestañea, los ojos se aprietan constantemente intentando apresar las lágrimas, baja la mirada incapaz todavía de resistir la insoportable luz del día que se atrevió a hacerse, a existir sin la presencia de su hija...

Son apenas dieciocho días después de la partida de Judith. Comenzamos a hablar, preguntamos por su esposo. Nos enteramos de que es su padre por adopción, pero que, para ella, “fue más padre que el padre biológico de Judith”. Fue su padre de ella, su adorada hija, desde los cuatro años. Está destrozado, incapaz todavía de enfrentar el umbral para sumarse al mundo. Tras ayudar en otros derrumbes una semana, se derrumbó el mismo en una depresión sin fin. Su esposo, ese hombre todo amor y bondad, nos llamará más tarde y escuchar su voz, sus palabras. Ni siquiera puedo describirlo.

Le preguntamos si necesita algo, si requiere de más ayuda, y poco a poco comienza la conversación, la construcción de Alitzzy Judith sobre los escombros del dolor: bonita, coqueta, inocentona. No quiso seguir estudiando la prepa y les dijo a sus papás que no gastaran, que de plano no le gustaba ir a la escuela. Pero sabía que la educación era importante, así que decidió comenzar a trabajar para ayudar a sus padres, para ahorrar y poder enviar a sus hermanos menores a escuelas de paga. “Yo no me voy a casar ni a tener hijos”, decía constantemente.

Y sus palabras tuvieron un eco oracular aquella tarde en Bretaña 90.

Judith, la que se alborotaba oyendo la música de banda y convencía a su papá de acompañarla y bailar con ella en cuanto localizaba la fiesta. Y allá iban con ella, su papá y su hermanita, cómplices felices de la deslumbrante adolescente.

Alitzy Judith... “Posi”, como le decían con cariño, la que fantaseaba con el mundo del narco y hacia mover la cabeza a sus padres cuando expresaba que iba a hacerse mafiosa. “¡Estás loca!”, le comentaban. Judith, la que perdió a su padre biológico hace cinco años en un secuestro violento y que ahora, finalmente, fue sepultada junto a él. Alitzy, la chica de la Texcoco que también tenía pánico de que un día, como a otras niñas y jovencitas del Estado de México, el destino la alcanzara una noche bajo la forma de camioneta de vidrios polarizados.

“Posi”, la que un día ya tenía trabajo gracias a su vecino, el ingeniero, quien la citó en Portales, en el flamante departamento que acababa de rentar como oficina, porque la obra en la que trabajaba estaba del otro lado de Tlalpan. Judith, la que llegó con miedo, porque jamás había viajado en metro y temía perderse en sus transbordos laberínticos, pero logró llegar a Portales y entró a la oficina de Bretaña 90 ese 19 de septiembre; Alitzy, la que recibió instrucciones del ingeniero, quien salió a las once de Bretaña tras dejarla ordenando unas cosas con la indicación de alcanzarlo a la una y media en la obra.

Pero la una y media no llegó para “Posi”.

Antes de esa hora, una fuerza sobrehumana volteó el flamante edificio para dejar ver a todos su corazón podrido de raíz, tan podrido como la inmobiliaria que rentaba lápidas, no departamentos; como sus representantes, que revolotearon como zopilotes a medio novenario intentando convencerlos de que firmaran un acuerdo monetario; para amedrentarlos con que después sería menos, aprovechándose del momento de mayor vulnerabilidad

emocional que puede tener una madre: el funeral de su hija. El asco y la rabia nos invaden.

Suspira la madre de Judith a punto del llanto.

A mi lado está su hermana, que ha sido el árbol fuerte que la ha apoyado, que estuvo con ella esos interminables días y noches en Bretaña y ella, que se llama Consuelo –nunca mejor puesto un nombre–, nos refiere en voz baja que su familia también está vencándose ante la presión, que sospechan que dos familiares, un tío y otro hermano, se han vendido a la inmobiliaria como mediadores y los atosigan con que firmen el acuerdo, repitiéndoles que no les van a dar más, intentando minar su dignidad.

Salta la madre, “no es el dinero, yo no vendo la muerte de mi hija, yo no voy a firmar nada, no quiero su dinero, lo que quiero es ver a la dueña y preguntarle: si hubiese sido su hija, ¿aceptaría los seiscientos mil pesos? No, no voy a firmar nada, porque es como darles permiso para que sigan construyendo edificios así y muera más gente”.

Christian, elocuente, claro, generoso, habla. Y sus palabras son luz y llenan de paz y de consuelo a las dos guerreras. Me deslumbra este hombre bondadoso que fue mi alumno y no puedo menos que sentirme orgullosa de él, nuevamente.

Seguimos hablando. En un momento dado, la tía de “Posi” me dice en voz baja: “Me concentré en los pies”. No entiendo. “Me concentré en los pies para reconocerla, de lo demás...”. Se calla. Mueve la cabeza, cierra los ojos. Silencio.

No dejó que la viera su hermana, prefirió sacrificarse ella a esa visión, a ese último momento, ser ella la que tuviera que vivir para siempre con la pesadilla de su sobrina amada aniquilada por el subsuelo de la negligencia. Pero su hermana no, la madre no.

Lidiar con los conocidos que el día del funeral cuestionaban el color del ataúd y el tamaño de los arreglos florales, enfrentarse a los buitres de la inmobiliaria que se hicieron presentes en medio de las oraciones, con la familia que la inquietaba con la pregunta de si estaba segura de que en verdad era su hija, porque tal

vez le habían entregado otro cuerpo. La hermana conteniéndola cuando estuvo a punto de abrir el ataúd para cerciorarse: “Es tu hija, créeme. No abras. Confía en mí”.

La hermana que sostiene, que es el árbol fuerte al que puede abrazarse cuando el recuerdo de “Posi” es insoportable. Su cuarto todavía permanece como lo dejó, y ella, su madre, tampoco ha podido trasponer ese umbral.

“Posi”, la que siempre estuvo dispuesta a ayudar a todos, la generosa, la que nunca se guardó un peso para ella. Sus abuelos tenían una miscelánea, y siempre que la necesitaban, ella acudía a atenderla. “Mi guerrerita se fue”, suspira una abuela acongojada, rodeada de las fotos de Alitzzy.

El río de los recuerdos y de la indignación se detiene después de casi tres horas, tras la llamada de don Fermín que nos deja el corazón en vilo. Luego, nos abrazamos y salimos del café, las despedimos. Nos quedamos Pablo, Christian y yo sin saber qué decirnos. Hablamos un poco, casi en monosílabos, cruzamos la calzada, volvemos a hablar, nos abrazamos fuerte, nos despedimos.

Miradas de madres que se me quedan sembradas en el alma, y ¡qué bueno! Procuraré regarlas a diario, para que no se pierdan, para que no se olviden.

Dedicatoria

Y así como la mamá de Judith tiene en su hermana un árbol fuerte que la sostiene y la apoya, yo también lo tengo. Alguien que vino a verme tras el sismo, que intentó convencerme de mudarme a su casa, que me contuvo emocionalmente, que corrió a comprarme remedios naturistas, me buscó ayuda, que me abrazó y lloró conmigo, pero, sobre todo, me animó y me ayudó a salir de la congoja. A ella, mi bondadosa hermana Ana Grisel, le dedico esta crónica.

Gracias, por tanto, querida hermana.